

OBITUARIOS

> ÁLVARO MUTIS

El gaviero solitario

Su obra lo convirtió en un referente de la literatura contemporánea

MATÍAS NÉSPOLO

«Todo es taquigrafía después de Bizancio», respondía con desparpajo en 1969 cuando un periodista le preguntaba sobre el *nouveau roman* en una entrevista para *Tele/Expres*. Pero había más, porque incluso se posicionaba sin ambages: «Yo, la verdad, soy un reaccionario en cuestiones», dejando la ambigüedad sólo

sonrisa, al igual que Borges. No en vano, muchos críticos emparentarían luego su diáfano uso del lenguaje con el estilo del argentino. Pero el caso de Mutis tenía su miga, porque eso lo decía en Barcelona, donde se hospedaba en la casa de su gran amigo, y paisano cuatro años menor, Gabriel García Márquez.

Difícil encontrar dos personalidades más antagónicas —no sólo por extracción social o ideas políticas, sino por sus concepciones literarias. Poco y nada realismo mágico hay en Mutis y resulta imposible encontrar en su obra el menor atisbo del exotismo del trópico. Sin embargo, el



EDUARDO MARTÍNEZ-CONDE

triarca se empeñó sólo para refutar Paz, llegado el caso, con quien también charía de lirismo la vela de su prosa.

nes», dejando la ambigüedad solo para ese final anómalo de frase que enlazaba tanto las cuestiones políticas como las que cayeran sobre tapete a gusto del entrevistador. Así era Álvaro Mutis: socarrón, malicioso, con la elegancia y la deportividad de un *gentleman* o la altivez amena de un aristócrata caído en desgracia, capaz de perder hasta los zapatos, pero jamás la dignidad.

En la literatura latinoamericana de la segunda mitad del XX, tan hostil contra los detractores de la revolución, el poeta y narrador colombiano era uno de los pocos intelectuales que se atrevía a declararse de derechas sin despeinarse y sin perder la

usina del trópico tan explotado internacionalmente en el boom-, paradójicamente unidas por una profunda amistad, que databa de sus años estudiantiles en Cartagena a finales de los 40. «Ahí tiene, para que aprenda», recordaría *Gabo* que le dijo en su día Álvaro poniéndole en sus manos un ejemplar de Pedro Páramo. Y a su vez el futuro Nobel le contaría de viva voz cada nuevo capítulo de *Cien años de soledad*, apenas los iba acabando, a quien se convertiría en el primer lector, implacable y durísimo, de sus originales.

Hubo también un viaje juntos por mar a esa Bizancio que tanto citaba, en el que el autor de *El otoño del pa-*

un triste verso de Mutis: «Ahora sé que nunca conoceré Estambul». E incluso una madrugada de borrachera en el que García Márquez le robaría un *botero* que colgaba de su sala para continuar la juerga, cosa que el otro jamás le reprocharía; como recordaría el Nobel en el famoso discurso de la Biblioteca Nacional de Colombia *Mi amigo Mutis*, para celebrar su 70 aniversario.

Lo cierto es que si sólo se tratara del compadre de *Gabo*, poco sentido tendría este panegírico. Álvaro Mutis fue mucho más que eso, un verdadero portento de la literatura latinoamericana a quien ninguna de las grandes figuras del boom —u Octavio

bién estrechó lazos desde que se afincara en México DF en 1956-, hizo sombra. Como una suerte de alter ego o trasunto de su célebre personaje Maqroll, el gaviero Mutis se alzaba en lo alto del mástil mayor, y desde la cofa de su obra de resonancias proféticas o, si que quiere, visionarias, para otear el horizonte hacia donde se dirigía el derrotero de la atribulada literatura latinoamericana. Y puede que allí en lo alto, solitario, permanezca durante generaciones invulnerable a la muerte.

La poesía de Álvaro Mutis estaba dotada de una dimensión épica y una conciencia narrativa, proyección espiritual del propio poeta, que ya aparecía en *Los elementos del desastre* (1953) con las mismas señas de *Maqroll el gaviero* con las que surcaría los mares en la famosa saga del marino compuesta de siete novelas o narraciones, como prefería llamarlas: desde *La nueve del Almirante* (1986) hasta *Tríptico de mar y tierra* (1993). El mismo cabo para amarrar distintos vientos, que a su vez hin-

Y esa metáfora del marinero apátrida, que como un vigía existencial encaramado en lo alto marcaba el rumbo de las tribulaciones humanas y sus perentorios fracasos, llegaría a trascender incluso las zonas sombrías de su propia biografía: como directivo de la petrolera Esso será acusado de malversación de fondos y purgará 16 meses de prisión (ni su huida a México en el 56 lo libraría de la Interpol), experiencia que reflejaría en *Diario de Lecumberri*.

Frente a eso los premios, que los tuvo, son anecdóticos: el Cervantes (2001), el Príncipe de Asturias y el Reina Sofía de Poesía (ambos en 1997) y el Premio Médicis a la mejor novela extranjera (1988), entre otros; porque el mensaje del gaviero permanece inalterable en su dimensión trascendente. «Basta leer una sola página (...) para entenderlo todo: la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido. Es decir: Maqroll no es sólo él, como con tanta facilidad se dice. Maqroll somos todos», así lo explicaba *Gabo* en *Mi amigo Mutis*.

Álvaro Mutis, escritor, nació en Bogotá el 25 de agosto de 1923 y murió en Ciudad de México el 22 de septiembre de 2013.

Más información en págs. 43, 44 y 45.



EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA Y MARTÍNEZ-CARANDE

LETRADO DEL CONSEJO DE ESTADO
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Y DE LA REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN
ABOGADO

ESQUELAS EN PERIÓDICOS

TodoESQUELAS.com
902 21 31 41

EL MUNDO
CONTRATACIÓN DIRECTA
DE ESQUELAS (24 HORAS):

91 327 12 38



El escritor Álvaro Mutis, en la Casa de América de Madrid, en 2012. / BERNABÉ CORDÓN

La vida que se consume



DIARIO LIBRE
RAÚL RIVERO

MARTES

Fragilidad y fugas

Para enfrentar la muerte de Álvaro Mutis (Colombia, 1923-Ciudad de México, 2013) y resumir sus efectos en la literatura de América Latina y en la lengua española, hay que copiarle al autor de *Los elementos del desastre* lo que dijo cuando se enteró de que se había quedado sin Carlos Fuentes, uno de sus grandes amigos de la vida: «Es una catástrofe muy grande».

Esta también lo es, porque Mutis era el poeta de los desgastes y las fugas, era el cronista de la fragilidad y del declive humano y ha remitido de pronto a todo el mundo a seguir la canción y los himnos al deterioro que comenzó a vivir y a escribir en la finca familiar de Coello, en Tolima, siguió en Bruselas, en Bogotá, en la cárcel mexicana de Lecumberri, en los bares del Distrito Federal, en las redacciones de los diarios y en los escenarios de televisión donde hacía anuncios y promovía películas, siempre apurado por contar en sus poemas y en sus novelas el derrumbe gradual de su materia.

Se acabó por fin ese proceso de pequeñas muertes diarias que aprovechó para hacer una obra literaria para la que tuvo que inventar a Maqroll, El Gaviero, un personaje que apareció en su poesía en 1953 y después se pasó a

con buen vino junto a Luis Buñuel, Gabriel García Márquez y Octavio Paz. El raro marino de sus libros usaba las chaquetas y los mocasines que el poeta tenía en sus escapates, le ayudaba a compartir los horrores diarios que Miguel de Cervantes le enseñara a ver en los hombres de este tiempo y a celebrar el campo colombiano de su infancia, «ese rincón de la tierra caliente del que emana la sustancia misma de mis sueños, mis nostalgias, mis temores y mis dichas».

Mutis fue un gran poeta que a veces usaba la prosa para escribir novelas o columnas periodísticas. Hasta la clave de su fervor por la desesperanza está en un solo verso: «Todo poema no es sino el testimonio de un incesante fracaso». No le gustaba ser un escritor del realismo mágico, pero lo era. Lo que digan después de hoy los críticos y los profesores sobre su obra se salvará de los filos de su palabra y, a lo mejor, conformará a un escritor más parecido al que Mutis quería ser.

Ahora que el tiempo no lo puede tocar, ni arañarlo con odio y paciencia, ojalá que Álvaro Mutis, un monárquico convencido, encuentre un reinado estable en el que se pueda escribir poesía y jugar al billar, que era la otra pasión de su vida. A su hijo Santiago le pidió una tarde que, cuando le llegara la muerte, lanzara sus cenizas al río Coello, allá en Tolima, en la hacienda de sus abuelos, el sitio con el que tuvo que inaugurar todos los exilios que arrastró en sus 90 años.

Estos versos son de Álvaro Mutis: *Cada poema nace de un ciego centinela/ que grita al hon-*

ventura./ Agua de sueño, fuente de ceniza,/ piedra porosa de los mataderos,/ madera en sombra de las siemprevivas,/ metal que dobla por los condenados/ aceite funeral de doble filo.

MIÉRCOLES

Viaje a la tierra del humo

Lo único que algunos escritores venezolanos le reprochaban al poeta Luis Pastori (La Victoria, Aragua, 1921- Caracas, 2013) era su entrega al

Estaba el Mutis aventurero y risueño, pero sus poemas rebosaban de dolor

incomprensible y traicionero dominio de la economía. Lo hacían porque querían que estuviera con ellos en sus bares y tertulias, en sus guerras verbales y sus controversias. Y porque necesitaban la lucidez, la capacidad de seducción, la lealtad a los amigos y, por encima de todo, el poder de los versos que dejó en su veintena de libros.

Eran puros celos. Aunque el hombre hizo una carrera de 37 años en el Banco Nacional de Venezuela, lo tuvieron siempre, y lo tendrá la literatura de América Latina con su obra renovadora que le devolvió la rima y la medida a la poesía. El poeta le puso un equilibrio elemental al desasosiego de las vanguardias y al olvido o el desprecio por las formas clásicas.

No hizo ese trabajo como una consigna para quedar bien con Góngora y Quevedo. Era su manera natural de escribir, de asumir la poesía y de cantarle a las cosas que quería. Publicó sus primeros poemas cuando era un adolescente. Algunos de sus libros más importantes son *País de humo*, *Tallo sin muerte*, *Las canciones de Beatriz*, *Sonetos intemporales*, *Toros santos y flores*, *Aire de soledad* y *Hasta que me trajo el río*.

La poesía de Pastori se ha traducido a 12 idiomas. Fue miembro de número de la Academia Venezolana de la Lengua. Para la ortodoxia poética se vio envuelto en otra pequeña deserción porque se desempeñó ministro de Cultura durante el Gobierno de Luis Herrera Campins, entre 1979 y 1984. Pero el poeta tenía sus noches y sus caminos y la habilidad para barajar los versos con la prosa de la burocracia.

Pablo Neruda y Andrés Bello escribieron prólogos para sus libros. Hay una pieza más cercana y directa, un poema de Neruda que refleja el respeto y el afecto que sentía por el venezolano. Dice el chileno: *Son los sencillamente/ Trofeos de Pastori, los de Luis, las vigas y bigotes/ de poeta, los umbrales, las rejas/ el pan y los caballos/ la colectividad de la hermosura./ Yo he traído/ la trompeta y el ronco/ clavicordio de Chile. yo quiero celebrar con olas llenas/ la casa victo-*

E/M/2



Cine / 42

Sabina y Serrat acaparan los focos en el Festival de San Sebastián



Música / 43

Las Orquestas Sinfónicas se manifiestan en 16 ciudades de España



Comunicación / 46

'Torres y Reyes': TVE reúne a la periodista y al cómico en un programa

El escritor mexicano, creador de la saga de 'Magroll el Gaviero', falleció ayer a los 90 años

DESPEDIDA

JACOBO G. GARCÍA / México D.F.
Especial para EL MUNDO

Simón Bolívar dijo de Venezuela que era un cuartel, Ecuador un convento y Colombia una universidad. Precisamente esa universidad lleva muchos siglos dando buena literatura y amistades que trascienden más allá de la muerte. De esa universidad han salido los hijos pródigos que volverán a Colombia en el fétetro porque

llevan más de media vida viviendo en México. El primero es García Márquez y el segundo Álvaro Mutis, quien falleció un mes después de celebrar su 90 cumpleaños en México D.F., tras sufrir un problema cardiorrespiratorio. El creador de la saga de *Magroll el Gaviero* y premio Cervantes en 2001 padecía una larga enfermedad, que lo mantuvo hospitalizado desde hace una semana. Sigue en **página 40**

Adiós a Álvaro Mutis, el Conrad del español





Gabriel García Márquez besa la mano de Álvaro Mutis en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara (México). / IVÁN GARCÍA / AFP

EM2 / CULTURA

DESPEDIDA

El binomio de García Márquez y Mutis se prolongó toda su vida

Viene de **página 39**

La sociedad que formaron Gabo y Mutis surge en aquella Colombia convulsa y cruel en la que caía asesinado Jorge Eliécer Gaitán, y que los tres vivían en las calles de Bogotá con americana y corbata entre cigarrillos y vasos de aguardiente desde trincheras similares.

El binomio que se prolongó durante toda la vida. Sólo cuatro ojos leían antes de viajar a manos del editor los escritos de García Márquez, dos eran los de su mujer Carmen Barcha y los otros dos los de Mutis.

Pero las buenas amistades se forjan también con libros y todo cambió aquel día que García Márquez le lanzó un ejemplar de *Pedro Páramo* de Rulfo y le espetó «para que aprenda, ca-rajó».

Álvaro Mutis nació en Bogotá, Colombia, el 25

hasta que una vez «se equivocó de película y en vez de un documental de niños huérfanos les proyectó una comedia pornográfica de monjas y soldados enmascarados bajo un título inocente, *El cultivo del naranjo*» a un grupo de mujeres conservadoras.

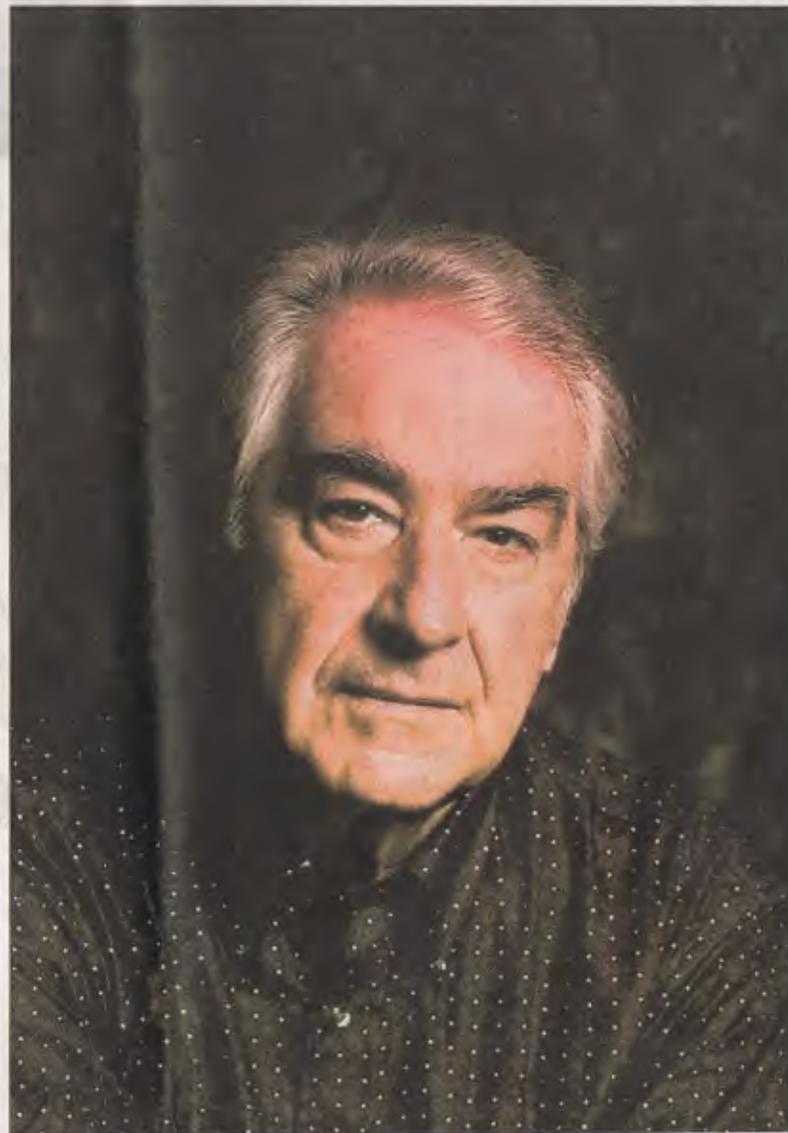
Mutis fue también jefe de relaciones públicas de una empresa aérea hasta que se le cayó el último avión. «El tiempo de Álvaro se le iba en identificar los cadáveres, para darles la noticia a las familias de las víctimas antes que a los periódicos. Los parientes desprevenidos abrían la puerta creyendo que era la felicidad, y con sólo reconocer la cara caían fulminados con un grito de dolor».

Lo recordó García Márquez durante la celebración de su 70 cumpleaños y lo volvió a airear Belisario Betancurt cuando durante una de las ponencias más graciosas y divertidas que se hayan escuchado nun-

Postmodernidad

SANTOS SANZ VILLANUEVA

El prodigioso grupo de autores conocido como el *boom* hispanoamericano tuvo un componente político muy fuerte y por ello ha sido incluso llamado «generación de la revolución cubana». En su mayor parte defendieron el castrismo hasta la crisis del caso *Padilla* en 1968. Todavía hoy García Márquez sigue cercano a la dictadura caribeña. Álvaro Mutis fue una excepción en aquel movimiento izquierdista. Y no sólo en la ideología, en la que ha hecho



menciona la edad, nacionalidad o evolución de su carácter.

El estudio de Mutis en el barrio de San Jerónimo era un camarote de viejo marinero, lleno de astrolabios, brújulas y homenajes a Stevenson y Moby Dick. Sólo *Maqroll el Gaviero*, como el mejor Conrad de *El espejo del mar*, es capaz de dedicar decenas de párrafos para describir el ancla sin tedio ni reiteraciones.

Libros que aman el viaje y al hombre en eterna peregrinación. Una metáfora de su vida de quien nació como hijo de diplomático y terminó encarcelado en 1960.

En 1956 llegó a México procedente de Bogotá, escapando de una acusación de presunto fraude. Tres años más tarde es detenido y encarcelado en el famoso Palacio Negro de Leclumberri, acusado de malversación de fondos en la petrolera Esso, donde era jefe de relaciones públicas. Estuvo 15 meses preso a la espera de su posible extradición a Colombia.

de agosto de 1923, hijo de diplomático, vivió en Bélgica entre los dos y los nueve años de edad, donde realizó parte de sus estudios hasta que todo se desmorona. Tras la repentina de muerte de su padre, a los 33 años, la familia tuvo que regresar a Colombia, donde se estableció en una finca del abuelo materno.

Ambos hechos, la muerte de su padre y el regreso a Colombia, fueron determinantes para este escritor, cuya literatura está marcada por los recuerdos de infancia entre ambos mundos: los contrastes entre Europa y América Latina, los viajes en barco transatlántico y la exuberancia de la selva.

Atrapado por la poesía y los recitales del maestro Eduardo Carranza abandona los estudios, se casa a los 18 años, y comienza entonces una serie de oficios «raros e innumerables» que terminan siempre de forma abrupta.

Por ejemplo cuando era locutor de la Radio Nacional, oficio que terminó cuando un marido celoso lo esperó armado en la esquina, porque creía haber detectado mensajes cifrados a su esposa en las presentaciones que él improvisaba en sus programas. O cuando trabajaba en una distribuidora de cine

ostentación derechista, sino también en la literatura. Bajo la enorme diferencia de temas y planteamientos del 'boom' anida una reflexión crítica en busca de alternativas para una sociedad deprimida e injusta. Nada de eso hay tampoco en la obra de Mutis, en el simbólico Maqroll el Gaviero, personaje al principio de su poesía y más tarde eje de un gran retablo novelesco. Ni testimonio ni reflexión social ni alegato postcolonial se encuentran en ese fresco histórico cultural. Lo que ofrece Mutis es una ensoñación fabulística de un mundo inexistente ajena a la vida corriente. Como el marino que se ocupa del palo mayor de las naves, «el gaviero» mira a lo lejos buscando penetrar en lo desconocido. Lo mismo pretende Mutis/Maqroll: calar todo lo hondo posible en la realidad, o sea, conocer la condición humana, sus determinantes psicológicos, sus ambiciones y esperanzas; en suma, sus fantasías y quimeras. Este proyecto literario genérico lo aborda Mutis transgrediendo las fronteras de los géneros convencionales. En esa afirmación de postmodernidad se encuentra la clave de la voz personal que aporta a las letras hispánicas del pasado siglo. Su obra ha de verse con mayor elasticidad que la ofrecida por su libro más conocido, la profusa saga novelesca 'Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero'. En el conjunto de una escritura marcada por una inventiva poderosa, Mutis amalgama aventura y ensayo, exaltación vitalista y culturalismo. Todo ello crece en un conservadurismo ideológico –no formal– que convierte al colombiano en un escritor inactual, creativo, irónico e independiente que se refugia en un pasado de esplendor imaginado por desdén de un presente prosaico.

ca en la FIL de Guadalajara. El de Aracataca siempre describió a Mutis «como el colombiano más simpático del mundo», que es como doctorarse en literatura francesa en la Sorbona.

marzo o *Tierra* se le reconoce por el ingenio y la vigorosidad de sus textos profundamente latinoamericanos, pero también, porque pocos han contado tan bonito el mar como *Maqroll el Gaviero*, su alter ego ma-



Imagen del fallecido escritor mexicano Álvaro Mutis tomada en 1991. / ULF ANDERSEN / GETTY IMAGES

trascendió a Colombia por los delitos que se le imputaban y que al final nunca se consumaron. De aquella experiencia salió una visión muy distinta del dolor el sufrimiento humano y una novela *Diario de Lecumberri* (1960).

En tierras mexicanas frecuentó a escritores y artistas como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Luis Buñuel y Fernando Botero, entre otros. Gabo reconocería años más tarde que había llegado a México «por una semana» para ver a su amigo Álvaro Mutis y a consecuencia de aquel viaje se quedó toda una vida en este país, donde escribió *Cien años de soledad* (1967).

«Álvaro Mutis fue, además de un gran escritor, un gran amigo. Él llegó a México en 1956 y yo nací en el 56, así que todo lo que ha sido mi vida él ha estado aquí con nosotros. «Es

un extraordinario poeta, quizá más conocido en su última época por sus grandes novelas, como *La nieve del almirante*, un título que tomó del menú de un restaurante. Era el nombre de un postre y a él le pareció que era un título épico para una novela extraordinaria», dijo el escritor Juan Villoro junto a la esposa de Gabo, Mercedes Barcha, su otra gran cómplice desde aquellos tiempos de universidad colombiana.